



35. Cruz de Borgoña o de San Andrés, Felipe V.



36. *Otomán, Batallón de Tres Villas.*

Biografía heterodoxa

Beatriz Lucía Cano

Paco Ignacio Taibo II, *El general orejón ese*, México, Ediciones B (Ficcionario), 2007.

Desde hace tiempo he sido fiel seguidora de la obra de Paco Ignacio Taibo II, motivo por el que me sorprendí cuando encontré que este escritor había elaborado una biografía de Mariano Escobedo, uno de los personajes más significativos de la historia de México, pero que para su desgracia, es poco conocido.

Debido a que Paco Ignacio Taibo II reconoce en las primeras páginas de su texto que es un literato y no un historiador, la biografía que presenta no sigue los lineamientos clásicos del género sino que el autor le da su propio matiz, pues como bien lo indica, el objetivo por el que la escribió era presentar una “biografía heterodoxa”. Es importante advertir que la biografía de Escobedo formaba parte de un grupo de biografías que la Secretaría de Educa-

ción Pública quería repartir entre los estudiantes de nivel básico superior, pero el literato recuerda que el texto no fue publicado por órdenes del secretario Ernesto Zedillo, quien, sin duda, no quería volverse a meter en “camisa de once varas” pues ya había tenido suficiente con el escándalo que generaron sus libros de historia, en los que, como se recordará, los niños héroes desaparecieron de la escena patriótica. Así, un proyecto que buscaba darles un cariz más humano a los héroes de bronce, tuvo que desaparecer para no provocar mayores controversias, sobre todo en un país en el que la veneración de ciertos personajes es canónica.

Para fortuna de nosotros, como lectores, el texto de Paco Ignacio fue rescatado y publicado por Ediciones B en un formato que favorece la lectura.

Ahora bien, el hecho de que ésta sea una “biografía poco convencional” le permite al autor ciertas libertades que no se podría tomar si la biografía fuera “ortodoxa”,

lo cual se puede observar con toda claridad desde el título de la obra, pues un historiador difícilmente calificaría a Escobedo como un “general orejón”, pese a que ese rasgo físico resalta en cualquier fotografía que se vea del personaje.

Como la historia ha enseñado que no se debe juzgar a los hombres, los calificativos que se refieran a sus cualidades morales o físicas están excluidos de la práctica historiográfica. Sin embargo, en una biografía como la realizada por Taibo, se permiten esas y otras libertades; por ejemplo, Paco Ignacio reconoce que le tiene una gran estima al personaje, pues le resulta entrañable su apariencia de “héroe despistado” de “general desgarbado y triste”, de “niño crecido” que logró colocarse en la historia de la “guerra imperial” a través de sus “ojos míopes”. Al escritor no le queda la menor duda de que éste “es un general que no lo parece” pues sobresale “la sobriedad de sus capotes azules y grises”, sus botas sin lustrar, la ausencia de condecoraciones y su que-

pis que corona “esa apariencia de zopilote deprimido”. Sólo la heterodoxia permite que a un héroe nacional se le califique con los anteriores calificativos, mismos que no buscan denostar al personaje sino mostrar su faceta humana.

Ningún historiador se atrevería a señalar al “vencedor de Querétaro” como un “héroe despistado” o un “zopilote deprimido” por más que tenga ganas de decirlo. Lo cierto es que Paco Ignacio busca que el nombre de Escobedo deje de ser el simple nombre que identifica a una calle para volverse parte del imaginario histórico nacional.

Como es una biografía, en cierto sentido disidente, y no me cansare de repetirlo, la intención del literato no es hacer una revisión de la historia del periodo o “blanquear” la leyenda del general norteño, sino que su objetivo es presentar parte de la historia de un hombre cuya principal virtud fue la “terquedad en lo imposible”, razón por la que no debe extrañar que el autor comience su texto con la entrevista que Escobedo y Porfirio Díaz sostuvieron en septiembre de 1864 en la ciudad de Oaxaca, misma que derivó en el “viaje inolvidable” que el general norteño tuvo que realizar para tratar de entrevistarse con Benito Juárez. Aunque no logró su propósito de entrevistarse con el presidente itinerante, sí consiguió la inspiración necesaria para insurreccionar los estados de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila.

El viaje denotaba, a decir de Paco Ignacio, dos de las características más sobresalientes del “general orejón”: su terquedad y su impaciencia. Estos dos rasgos harían que Escobedo se convirtiera en el “héroe del

imposible cotidiano”, pues lograba salir bien librado de situaciones difíciles, tal como ocurrió en la acción de Santa Gertrudis en la que derrotó a fuerzas superiores.

Al igual que los demás soldados de la república, Escobedo tuvo que aprender la guerra de guerrillas, único medio por el que podían combatir contra el enemigo y el tiempo. Aunque pocos historiadores lo reconocen, la guerra contra la intervención francesa logró divididos a causa de las guerrillas, pues los soldados mexicanos no estaban preparados para vencer en un combate frontal a un poderoso ejército como lo era el francés.

No cabe duda de que Taibo II tiene toda la razón cuando afirma que la tenacidad fue la principal arma que se empleó en la guerra librada en contra el invasor y del Imperio; aunque sugiere que los historiadores no narran los lances de los guerrilleros por parecer inexplicables, lo cierto es que esto no se hace por el temor de reconocer que no fueron los soldados mexicanos los que expulsaron a los franceses, sino las circunstancias políticas que imperaban en Europa mismas que obligaron al emperador francés a repatriar a sus tropas. Desde esta perspectiva, adquiere sentido su afirmación de que entre los generales republicanos no había “genios de la guerra”, pues habían cosechado más derrotas que triunfos. Así, la única virtud de ellos era la persistencia ante la adversidad.

Uno de los rasgos más sobresalientes de esta original biografía de Escobedo es el uso que el autor hace de la contradicción, pues en dos capítulos menciona que su intención no es hacer una “biografía seria”

debido a que éstas presentan rasgos de la vida del personaje; sin embargo, en los siguientes párrafos comienza a narrar diversos detalles de la vida del biografiado y sobre todo, en uno de esos capítulos, indica cuál fue su motivación para escribir sobre el “general orejón”. El escritor reconoce que una biografía no nace de “un instante, una manía, un accidente, de un retrato contemplado atentamente”, sino que para hacerlo es necesario dejarse llevar por las simpatías. No obstante, Paco Ignacio se pregunta: ¿dónde queda la objetividad si la simpatía manda?

La respuesta es sencilla: la biografía es heterodoxa y ello permite que el autor pueda jugar con libertad, circunstancia que también ayuda a que se pueda prestar atención a los rumores, los que sirven para delinear el carácter en formación del joven Escobedo que en sus primeros años mostró un “carácter turbulento”, con actitudes de “campesino rico”, “derrochador” y “pendenciero” aunque “más loco que abusivo”; un hombre en cuya “existencia irregular y arriesgada” se alternaba el “desenfreno” y la “apatía”, pues no sólo era un “jugador y aventurero” sino también un “perseguidor de muchachas”. Este arriero “orejón”, “alto y desgarrado” cuya “apariencia triste” era producto de su “barba descuidada y ojos acuosos”, se caracterizaba por la sobriedad en sus alimentos y bebidas, y por ser un “hombre inagotable” con “tremenda fortaleza física” y que exigía que todos anduvieran a su paso. Pese a que era un “hombre áspero”, su tono era familiar aunque bastante parco en las palabras. Este hombre sería el que pondría el cerco a Querétaro, mis-

mo que a la postre redituaria en el fin del Imperio.

Taibo II no se detiene en mayores detalles del sitio, sólo le interesa mostrar que la situación en el bando republicano no era color de rosa, pues existían rencillas entre los generales y entre las mismas tropas, además de que el general en jefe mostraba su impotencia por no poder acabar rápido la guerra.

Es sumamente interesante el diálogo que el autor recrea entre el enviado del emperador Miguel López y Escobedo. Sin entrar en mayores polémicas, pues ese no es el objetivo de su trabajo, Paco Ignacio toma el partido de que Maximiliano ofreció la rendición a cambio de salir de Querétaro y embarcarse a Europa.

El “general orejón” no aceptó la componenda, según el literato, porque tenía un plan para tomar Querétaro y si la ciudad se conquistó a causa de una traición, nadie debía olvidar que Escobedo “había tomado la plaza y enterrado al ejército imperial con el menor costo de vidas, había conservado el sitio, evitando los dos intentos de ruptura, colaborando con la destrucción de las caballerías huidas, y en fin, ganando la batalla”.

El énfasis que el escritor hace en estos hechos evidencia su deseo de desvirtuar a algunos historiadores, como Conte Corti y José C. Valadés, quienes no le concedían mayores méritos. Así, Corti lo consideraba un “indeciso” y un “débil” mientras que Valadés afirmaba que tenía menos méritos que Corona, además de que era “negligente” y “falto de espíritu”. Su nombramiento como general en jefe del ejército era fruto del deseo de Juárez de tener a un mediocre como su

subordinado. Paco Ignacio recurrió a estas afirmaciones con dos intenciones: mostrar que no quería glorificar al personaje sino que, como lo haría un historiador “objetivo”, buscó contrastar los puntos de vista para que no sólo predominara la versión del biografiado; y la segunda es que de este modo podía mostrar que “la hoja de servicios de Escobedo no puede ser superada por ninguno de los grandes militares de la Reforma, casi todos ellos valiosos por su terquedad y capacidad organizativa que por sus habilidades estratégicas”, es decir, el autor reconocía que Escobedo no había sido un gran táctico pero si tuvo la “terquedad” necesaria para ver triunfar la causa que defendía. Esa “terquedad” sería la que lo llevaría a defender al lerdismo, después de que Porfirio Díaz lo derrocará.

Como Escobedo estaba convencido de la legalidad de Sebastián Lerdo, decidió salir con él hacia Estados Unidos. Así, el general salió de un país que, a decir del literato, entendió “tan mal, y por el que, sin embargo, combatiste tan bien con las armas”. En el país vecino, Escobedo realizó diversas actividades con la intención de lograr el retorno de Lerdo al poder, pero la suerte no le sonreiría y finalmente sería capturado y encarcelado en la ciudad de México. Aunque Paco Ignacio afirmaba que no era la primera vez que perdía ni que lo hacían prisionero, las circunstancias habían cambiado y si no lo fusilaron fue para no hacerlo un mártir; sin embargo, se le advirtió que no se debía implicar en problemas pues de otra forma, no se le perdonaría.

Al igual que muchos otros, el sistema lo incorporó de manera lenta

y no sólo sería nombrado diputado en varias ocasiones, sino que le encargarían algunas misiones, entre ellas la de recoger el cadáver de Lerdo que había muerto en 1889.

Como buen heterodoxo, el autor menciona que le sorprende y angustia la forma en la que el general fue atrapado y anulado por el laberinto del poder porfiriano, situación que provocaría que su memoria fuera “blanqueada” y sus años en el Porfiriato, por lo menos en los diccionarios, no se mencionan. Aunque las “leyendas blancas” tratan de olvidarlo, a Paco Ignacio no le queda la menor duda de que este personaje no sólo resulta entrañable sino fascinante.

Aunque el autor insiste a lo largo de su texto que es una biografía “heterodoxa”, lo cierto es que al final, y con pleno conocimiento de causa, se agrega una nota bibliográfica en la que éste recogió, sin duda, los datos necesarios para realizar su obra. Si la intención de Taibo II era retratar a un hombre que le “cae bien”, debo decir que lo logró con creces, después de leer su biografía a uno también le cae bien ese general “orejón” y “desgarbado” que logró derrotar a un Imperio. No cabe duda de que la biografía de Paco Ignacio se puede sumar a la lista de biografías históricas sin ningún problema, pero, y como él mismo lo reconoce, si el lector no se lo cree, entonces debe leerla como una novela de ficción, aunque habría que preguntarse, después de todo, qué biografía está exenta de elementos de ficción.

Tengo la esperanza de que este libro “heterodoxo” cumpla el destino para el que fue creado y que los estudiantes puedan disfrutar de una biografía que saca del olvido al “general orejón ese”.